

EL MAESTRO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2972

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Problema: Trigonometría.—«La isla de Tarrakay (en Asia) y París se hallan en el paralelo 49° de latitud norte, y las separa 140° de longitud este. Suponiendo a la Tierra perfectamente esférica y sin los accidentes de su superficie, ¿qué distancia separa a dichos dos puntos siguiendo su paralelo? ¿Y qué distancia por la dirección del círculo máximo que pase por los citados puntos?»

Solución.—Para resolver el problema anterior necesitamos conocer el radio de la Tierra, cuya longitud inaccesible es imposible medir directamente.

Los sabios, para determinar éste, han medido un grado de meridiano sobre la superficie de la Tierra, determinando el grado por la elevación de las estrellas sobre el horizonte; pero como estos trabajos son altamente difíciles dada la irregularidad de la superficie terrestre y los errores a que están sujetos los aparatos destinados a medir los ángulos celestes; por eso estos trabajos se han emprendido en Francia, España, Inglaterra, Rusia, Alemania, Perú y otros países, y los sabios que han intervenido en éstos hallaron como resultado que 1/15 de grado del ecuador mide 7.420,40 m. Esta longitud es 1/5,400 de la circunferencia terrestre ($15 \times 360 = 5.400$), y se adoptó como unidad con el nombre de milla geográfica.

No era solamente el objeto de estos trabajos conocer la magnitud de la Tierra, determinada ya por anteriores tentativas, sino conocer exactamente la milla geográfica tomando el metro por unidad. Cuando en tiempos de la revolución francesa se estableció el metro, los

sabios de entonces quisieron que la nueva unidad longitudinal representara 1/40.000.000 del meridiano terrestre que pasa por París; y como esta determinación se tomó precipitadamente, sin esperar el resultado final de los trabajos emprendidos en los diferentes países (trabajos que aun no terminaron hoy), ha resultado el metro una medida convencional más. Hoy se puede afirmar que el metro es pequeño; es decir, que el meridiano de París tiene más de 40 millones de metros.

El Ecuador y cada uno de los círculos máximos de la Tierra, suponiéndola esférica, mide 5.400 millas geográficas, o sean $5.400 \times 7.420,40 = 40.070.160$ m.

La longitud del radio terrestre ecuatorial, según los principales geógrafos, es:

¿...?, 1799, 6.375.739 m.

Walbeck, 1819, 6.376.895 m.

Schmidt, 1829, 6.376.959 m.

Bessel, 1841, 6.377.397 m.

Airry, 1849, 6.347.480 m.

James, 1863, 6.378.230 m.

En el cálculo del problema haremos uso de los datos de Bessel, siendo $R = 6.377.397$ m., con lo cual, después de esta digresión, podemos entrar de lleno en la solución del problema aplicando fórmulas logarítmicas.

Para determinar la distancia entre París y Tarrakay por el paralelo, determinemos el radio de éste, que es igual al coseno del arco de 49°, por ser ésta la latitud de París y Tarrakay sobre el Ecuador, de donde

$$\log. \cos. 49^\circ = 9.816943;$$

y como partimos de la hipótesis de que el radio es igual a 1, tenemos:

$$\cos. \text{ de } 49^\circ = 0,65601,$$

número correspondiente a dicho logaritmo, y estableciendo la siguiente proporción:

$$\frac{1}{6.377.397} = \frac{0,65601}{x} = 6.377.397 \times 0,65601 \\ = 4.183.636,20.$$

Luego el radio del círculo del paralelo $49^\circ = 4.183.636,20$ metros, y el círculo

$4.183.636 \times 2 \times 3,1416 = 26.286.621,715$ metros.

Valor del grado en este paralelo

$$26.286.621,715 : 360 = 73.018,393 \text{ m.}$$

Luego 140° , o sea la distancia por el paralelo, es igual a

$$73.018,393 \times 140^\circ = 10.222.575,020 \text{ m.}$$

a sean

$$10.222.575,020 \text{ kilómetros.}$$

Determinemos ahora la distancia por el círculo máximo.

El problema se reduce a la resolución del triángulo esférico que forman el meridiano 0° que pasa por París, el 140° longitud este que pasa por Tarrakay y el círculo máximo que pasa por estos dos puntos.

En el triángulo aludido conocemos dos lados (a y c) iguales a 41° ambos, por tener París y Tarrakay la misma latitud, siendo su valor el complemento a 90° de la latitud de dichos puntos, o sea $90^\circ - 49^\circ = 41^\circ$, y conocemos igualmente el ángulo comprendido, $A = 140^\circ$, o sea la diferencia de longitud entre los repetidos puntos.

Multipliquemos la tangente B por el cos. A , aplicando logaritmos, y tendremos:

$$\begin{aligned} \text{Log tang } B (41^\circ) &= \overline{9.939163} \\ \text{Log cos } A = \text{log cos supto } A &= \\ (180^\circ - 140^\circ = 40) &= \overline{9.884254} \\ \text{Log tang } x &= \overline{9.823417} \end{aligned}$$

Corresponde a este tang. el arco

$$\text{log. tang. } X = \overline{1.82317} = 33^\circ, 39' \text{ y } 3''.$$

Como $A > 90^\circ$, sumemos este arco con C , y nos dará un arco que llamaremos y .

$$\begin{aligned} x &= 33^\circ 39' 36'' \\ C &= 41 \quad \gg \quad \gg \\ \hline y &= 74^\circ 39' 36'' \end{aligned}$$

Ahora diremos

$$\frac{\text{Cos } x}{\text{Cos } y} = \frac{\text{Cos } B}{D} \text{ (distancia);}$$

y aplicando logaritmos, tendremos:

$$\begin{aligned} \text{Log cos } y (74^\circ 39' 36'') &= \overline{1.422502} \\ \text{Log cos } B (41^\circ) &= \overline{1.877780} \\ \text{Suma } \dots &= \overline{1.300282} \end{aligned}$$

Restemos de esta suma el log. cos. X , y tendremos

$$\begin{aligned} \text{Log cos } B + \text{log cos } y &= \overline{9.300282} \\ \text{Log cos } x &= \overline{9.920302} \\ \text{Log cos } D &= \overline{9.379980} \end{aligned}$$

luego

$$D = 76^\circ, 7' \text{ y } 15''.$$

Ahora bien; como hemos dicho que el círculo máximo de la Tierra tenía $40.070.368$ m., nos resta averiguar el valor en m. del arco $76^\circ, 7' \text{ y } 15''$, que es la distancia entre París y Tarrakay, lo cual conseguiremos fácilmente por medio de la siguiente proporción:

$360^\circ : 40.070.368 :: 76^\circ, 7' \text{ y } 15'' : x$, de donde reduciendo los minutos y grados a segundos

$$\begin{aligned} 1.296.000 : 40.070.368 :: 274.035 : x = \\ = \frac{40.070.368 \times 274035}{1.296.000} = 8.472.749,456 \end{aligned}$$

metros, o sean en kilómetros $8.472.749456$.

MAXIMINO FONTENLA ALONSO

Campo Samerio.



Regla práctica.—Para reducir pesetas a duros se suprime la cifra de la derecha y se toma el duplo de las que quedan; si la cifra separada es mayor que 5 añada 1. Ejemplo: 879 pesetas; quitando el 9, quedan 87, tomando el duplo son 174 duros, y añadiendo 1 por ser el 9 mas que 5, resulta 175 duros y 4 pesetas.

La razón de esta regla está en que dividir por 5 es lo mismo que dividir por 10 (separar la cifra de la derecha) y luego multiplicar por 2.

LUCIANO ROMERO

REGISTRO PAIDOLOGICO

Dispuesto en hojas sueltas, dentro de una carpeta.

Ejemplar, 4,00 pesetas.

ller: «Sólo lo que pasa es bello», y si bello es pasar, más bello es pasar cuanto antes.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritó manoteando el indiano al final de este discurso, de cuya ironía no recogió un ápice.—Esas palabras merecen un abrazo y otro puro.

Rehusó José Miguel el puro y de buena gana hubiera rehusado también el abrazo.

Ni D. Egidio, ni Pin y sus compañeros entendieron una palabra; Rosario quedó admirada del disimulo con que José Miguel sabía hurtar su pesadumbre ante tantas miradas ruines y groseras; pero el único que entró en la verdadera significación del alegato fué el párroco, quien ya sospechaba que alguna influencia había de ejercer sobre el joven la dialéctica intencionada del truhán sacristanesco.

Hablóse de algunos temas baladíes. El maestro volvió a caer en su primer mutismo. Rosario salía, entraba, ponía en orden la vajilla... Al fin trajo una revista americana, se sentó y empezó a leer atentamente.

—¿Habrá elecciones?—preguntó el indiano.

—No se sabe—contestó D. Benigno—. El rey no ha dado aún el decreto de disolución; pero es de esperar que lo dé.

—Acaso haya lucha por este distrito—dijo D. Egidio.

—Si la hay, sentiría marcharme por no ver trabajar a Pin.

Pin se desgrenaba las barbas con tiro-nes suaves, y a través de toda la pelamb-rrera de su rostro se adivinó una son-risa.

—Y después de todo, ¿a ti qué te va en ello, vamos aver?—le preguntó don Jesús.

—A mí, nada—contestó el interpelado.

—Trabaja por el arte—afirmó D. Benigno—. Es el amor propio que convier-te en carrera la práctica de todo linaje de cuquerías, artilugios y suplantacio-nes. Pin es un muñidor de primera fila, sólo comparable en esto a nuestro sacris-tán.

—¿Qué vale ese!—exclamó Pin con des-precio.

—Esi ye siempre un vendido—repuso un vecino.

—Es el enemigo político de Pin, y bas-ta—insitió el párroco—. En lo que res-pecta a la lucha, caso de que haya elec-

ciones, según noticias recogidas por mí mismo en la villa, parece que nuestro ministro tendrá oposición. Y nada me-nos que un industrial avergonzado casi del número de sus millones.

—¿No da más!—dijo el pedáneo.

—Vamos a cuentas, Pin—articuló el in-diano—. ¿Tú que interés tienes en ser-vir al ministro? ¿Qué ha hecho por el pueblo? ¿Qué ha hecho por ti?

—Nada—respondió D. Egidio por el interrogado—. ¿Si por aquí, quiero de-cir por el distrito, no le conoce nadie! ¿Si jamás se ha molestado en venir por aquí! En esto hace muy bien. Es un mo-do de hacer política como otro cualquie-ra. Según me decía en cierta ocasión el sacristán, ese *lipendi*, que las coge al vuelo, así como otros candidatos tra-bajan y ganan sus distritos con su pre-sencia, éste triunfa ocultándose precisa-mente. ¿Es ministro de la Corona! Para muchos aldeanos que en su vida han sa-lido más allá de Rudalbarco, esa cuali-dad de ministro convierte a la persona en algo sagrado. ¿Es ministro! ¿Lo pue-de todo! ¿Pasa su vida al lado del rey! Si un día estos aldeanos viesan al mi-nistro y se encontraran con *la novedad* de que es un hombre igual a los demás, vestido como los demás y con las mismas necesidades que los demás..., con la pre-sencia del candidato se perdería el mis-terio y el culto. Y los electores, conside-rándose *estafados*, darían el sufragio a cualquier otro. Todas estas son palabras del sacristán. Confiesa, Pin, que tiene más ingenio que tú.

Pin seguía sonriendo por debajo de las barbas grumosas. Luego dijo:

—A Fero me lo sé yo de memoria me-jor que todos vosotros. Y sino, al tiempo.

—Pues habrá que moverse y bien—ex-puso D. Benigno—, porque ampliando mis noticias, fuera de un par de conce-jos seguros, o mejor, asegurados, en los demás el número de descontentos no es despreciable. Ya sé que tú en esto de las elecciones no das un paso por interés; repito que lo haces... porque sí; porque está en la masa de tu sangre, porque no puedes ver al sacristán y porque, como él, no aciertas a vivir sin inventar una diablura cada media hora. De todas es-tas pequeñas rencillas se aprovechan los candidatos, y venimos a parar en que, a la larga, no triunfan por la voluntad de

de los electores, sino por el odio de éstos. Digo, pues, que puedes ir preparando tus medidas, porque Fero está siempre preparado. Como el gato, antes de echarse a dormir en la butaca, afila sus uñas en el yute.

Siguió la conversación por tal camino un buen lapso de tiempo, charla en que intervino el maestro, pues de otro modo su actitud hubiera parecido inexplicable; recayó después en La Habana y su actual crecimiento, y con este motivo don Jesús trajo un álbum fotográfico con hermosas vistas de la isla. Levantáronse los invitados, formaron grupos, y José Miguel aprovechó la ocasión para situarse detrás de la silla de la joven.

—Rosario le dijo—, necesito hablar con usted. Aproxímese a esa galería.

—No.

—¿Tiene que ser.

—¿Por qué?

—¿Porque yo lo quiero! Es usted injusta conmigo, y no me tranquilizaré, no descansaré hasta que usted no me hable con claridad.

José Miguel utilizó una silla desocupada junto a la joven, se sentó, y le dijo recogiendo una mirada abierta y franca de Rosario:

—Por última vez, y ya sabe usted, porque me concée, que ni aun agonizando insistiría. ¿Quiere usted ir a esa galería donde nos verán sin oírnos?

Y notando que Rosario tenía una mano abandonada sobre la falda, la tomó José Miguel y la oprimió cruelmente. Rosario hizo un esfuerzo para retirarla; pero vista la imposibilidad de conseguirlo, cedió unos momentos, pocos, porque se levantó silenciosamente, libertándose de José Miguel; dejó la revista y se acercó a los vidrios de la galería. Pronto se le unió el joven.

Ella le dirigió una mirada larga, ni dura ni acariciadora; una mirada llena de amplitud, acaso saturada de un ligero reproche. José Miguel se vió clarísimamente, como una miniatura de esmalte, en aquellas pupilas luminosas.

—¿Por qué ha cambiado usted?—le preguntó el joven—. ¿A qué se debe esa versatilidad?

—¿Versátil yo!—murmuró Rosario con voz queda y moviendo la cabeza de arriba abajo—. Está ya gastado el recurso de comenzar regañando para que no nos regañen.

—Es usted injusta para conmigo. No me remuerde la conciencia de haber ofendido a usted en lo más mínimo; ni ¿cómo sería yo capaz de hacerlo con usted! ¿Con usted...!

—No—interrumpió Rosario—, no comience con subterfugios. Le conozco suficientemente como profesor para que con ellos no me convenza como amigo.

—Pero... ¿qué he hecho yo, Dios mío?—exclamó el joven en voz alta sin poder contenerse.

Rosario dirigió involuntariamente la mirada al comedor. Los convidados seguían entretenidos con el álbum fotográfico.

—Usted—le contestó—se marchó a la capital con el deseo y la esperanza de no volver más a Castrido.

—¿Quién ha podido inventar tal absurdo!

—En todo el pueblo no se repetía otra cosa.

—¿Y usted concede crédito a los chismorreos del pueblo?

—No, si el rumor no me lo hubieran confirmado otros datos. ¿Cuántos días hace que volvió usted de la capital?

—Contando hoy, diez justos.

—¿Diez justos!... ¿Y lo dice usted con esa tranquilidad? ¿Si no hubiera usted tenido algo que ocultarme hubiera usted dejado de venir?

—Yo no me creía autorizado. Culpe a mi natural timidez. Siempre me ha llamado usted. Además, no comprendo esa irritación, como no sea debida a un desmedido amor propio.

La frase última, dicha con alguna sequedad, estremeció a Rosario.

—Está bien—dijo.—Debí presumirlo.

Y arropándose la garganta con los bordes del chal, se retiró de la galería y salió del comedor.

Quedó José Miguel renegando de su suerte, que tales contratiempos le deparaba. Poco acostumbrado a tratar con la bella mitad del género humano, carecía de lo que pudiera llamarse el sentido de la medida. Como buen amador, reducía la menor contrariedad a sustancia trágica, y Rosario, mujer extremadamente sensible, como si viviera en carne viva, reaccionaba, cual barra de acero golpeada, a las menores insinuaciones de José Miguel.

Este se acercó al grupo de invitados.

Entretúvose unos minutos oyendo a don Jesús, y volvió a la galería.

La tarde era de sol, sol de invierno, de luz plateada y fría que apenas resbalaba sobre el paisaje sin herirlo. A lo lejos la bruma gris se confundía con la nieve de los montes.

Viendo José Miguel que Rosario no aparecía en el comedor, se despidió de los concurrentes, especialmente de don Jesús, hasta el día de la marcha. Pero justamente había puesto el pie en el jardín cuando vió en él a Rosario que se entretenía en quitar las hojas secas de unas geranios.

Dudó el joven entre acercarse a ella o marcharse, y decidiéndose más con el impulso que con deliberada voluntad, se le aproximó. Rosario, de espalda, le sintió llegar y no volvió la cabeza.

—¿Qué mira usted?

—Nada.

—¿Qué tiene?

—Nada.

—Sí. Tiene mucho. Mejor dicho..., lo tengo yo. Ea, seamos sinceros una vez más. Acaso con las palabras se desahogue la pena.

—Pero si no tengo nada—dijo Rosario sin moverse y como concentrando en la operación que realizaba todos sus sentidos—. Se pone usted molesto. Es inocente tratar de vivir un drama que no existe.

—¿Cree usted que no existe?

—Sin duda.

—Mejor entonces. Así, sin actitudes ni pasiones violentas, nuestras palabras brotarán dentro de la mayor sinceridad. Oiga, Rosario... Sospecho que desde que nos conocimos estamos fingiéndonos un afecto, una amistad que ni por soñación hemos vivido.

Estas palabras produjeron el efecto deseado. Rosario volvió rápidamente el rostro, miró al joven y dijo con sonrisa de convicción y despecho:

—¡Ah!... Usted, por lo menos, confiesa que no ha sentido ese afecto.

—Ni usted tampoco lo ha sentido, aunque lo confiese—repuso José Miguel con torquedad y dispuesto a llegar hasta el fin.—Desafecto por desafecto, al mío le acompaña la sinceridad. He de ser, pues, sincero hasta la desolación. Esta tarde hemos estado huyendo mutuamente nuestras miradas. Cuando yo hablaba dirigiéndome a usted, usted, que lo adivina-

ba sin mirarme, ponía un periódico entre sus ojos y los míos.

Rosario se sonrió esquivando el rostro.

—No...; sonríase—prosiguió José Miguel—. ¡Si no me molesta! ¡No ve usted que su actitud ha sido consecuencia lógica de mi desvío?

—¡Qué sarcasmo!

—¡Ca! De haber penetrado usted mi propósito, me lo hubiera agradecido. Siempre agradece el prójimo que le eviten molestias. ¡Y es una molestia tan grande simular un cariño que no se siente!

—No prosiga usted. Mis palabras de estimación fueron como un escozor en sus oídos.

—Se equivoca, Rosario. Sus palabras fueron el agradecimiento monótono, forzado, al profesor. Probablemente, ni usted se dió cuenta; pero esa es la verdad desnuda. Y una obra pueden realizarla dos móviles distintos: el trabajo y el amor. El primero es rutina y cansancio. El segundo, renovación y vitalidad. El primero no inspira sino despegos a la obra; el segundo, constante acercamiento. Y ya ve usted, Rosario... Nosotros hicimos por trabajo lo que pudimos hacer por amor. Hemos sido galeotes de nuestro supuesto cariño.

Rosario abatió los párpados. Su rostro resplandecía de dolor y resignación.

—Y sin embargo...—dijo pensativa.

—Y sin embargo..., ¿qué?

—Que una mirada leal y desapasionada acaso hubiera descubierto otra cosa. Yo no le conocía a usted. Es más. La primera impresión que me produjo fué la de una persona... no muy simpática.

El joven murmuró despechado:

—Gracias.

—No solamente usted había de blasorar de sincero. Prosigo. Sería injusto negarle a usted que hay en sus palabras cierto atractivo...

—Cierto atractivo...—repitió el joven con ironía.

—Bueno, pongamos algo más... Lo que usted quiera. Lo cierto es que oírle hablar fué comenzar a...

De pronto Rosario se detuvo. Luego exclamó:

—¡Oh, Señor! ¡Qué tonterías dice una!

—No, no... Continúe usted. Se lo ruego, se lo suplico en caridad.

—¿Para qué? Basta.

—Pues sea usted en todo absolutamen-

te sincera—. ¿Hay en usted algo del ca-
riño que otras veces me ha dejado adi-
vinar?

—No.

—Repítamelo, mirándome a los ojos.

—No quiero.

—No se atreve.

—¡Bah!... No me explico el capricho
de que le mire. ¡Después de todo!...

—No me entiende usted. No le digo
que me mire por mirarme, sino por ver-
la yo mejor.

—¡Si la mirada atravesara las fren-
tes!...—dijo Rosario acariciando a José
Miguel con los ojos anchos, como una
noche estrellada, infinita.

—¡Son más piadosos que los labios!—
murmuró él.

—¡Ah, José, José!...

Y los labios de los dos musitaron esas
divinas frases vulgares, siempre repeti-
das y siempre nuevas; inocentes a oídos
extraños, magníficas a oídos enamora-
dos; frases con que la humanidad re-
nueva el triunfo de su juventud cons-
tante; frases de palabras rotas, incohe-
rentes, desquiciadas, pero soberbiamente
sentidas por ambos, como dignos de ellas.

—¿Vendrías mañana por la noche, José
Miguel?

—Sí. ¿Dónde te esperaré?

—Bajaré sin ruido al jardín.

—Aquí estaré yo esperándote. Adiós,
Rosario mía.

—Adiós, José Miguel.

* * *

Una noticia inesperada sorprendió
aquella misma tarde al joven maestro. El
babiano fué destituido por el mismo Pin.
Como siempre, el correo transmisor de la
noticia fué el sacristán.

—Acaso habrá sido un acuerdo en mi
ausencia entre los reunidos en casa del
indiano—pensó.

Pero una carta llegada del inspector
de la zona, en la que le manifestaba que
ya no era precisa su presencia en Cas-
trido y las explicaciones de D. Benigno,
sirvieron para aclarar el misterio.

El inspector jefe denunció al goberna-
dor civil de la provincia la arbitrariedad
inconcebible del alcalde pedáneo; el go-
bernador dirigió al alcalde de Rudalbar-
co orden terminante de que el pedáneo
deshiciera el entuerto en un plazo de
cuarenta y ocho horas (¡el gobernador
era militar!), y de resistirse a cumpli-

mentar la orden, lo destituyera *ipso
facto* de su cargo, y D. Zenón, que en
vísperas de elecciones no quería indis-
ponerse por nada del mundo con la auto-
ridad gubernativa, le envió por escrito
tal rapapolvo al bueno de Pin, pliego
que por un propio recibió aquella mis-
ma tarde en casa de D. Jesús, que no
tuvo otro recurso que abandonar precipi-
tadamente la reunión, marchar a la es-
cuela, arrebatarse la llave al babiano,
pagarle los días de la enseñanza deven-
gados, y decirle que en el pueblo estaba
de más. ¡Pin de Xuaca era así!

Protestaba el babiano de los perjui-
cios que le irrogaba tan repentina e in-
esperada repulsa; pero Pin se encogió
de hombros, lanzó a los chiquillos fuera
del local, cerró la escuela y le dijo al
intruso:

—Echele usted la culpa al maestro,
que es quien revolvio el cotarro en la
capital.

El babiano quedó unos momentos pen-
sativo; luego se embozó en la manta y
siguió lentamente tras de Pin.

XXVIII.—LA DESPEDIDA

Estaba Pin en la calleja, frente a su
casa, ocupado en cortar dos buenos tro-
zos de castaño a golpes de hacha. Mal
humor debía de ser el suyo, pues a cada
uno de los hachazos saltaban las asti-
llas como en explosión, golpeándole el
rostro.

La orden de D. Zenón mandándole que
sin pérdida de tiempo despidiera al ba-
biano le había herido en lo más hondo.
No porque le ruborizase una soflama de
esa especie. Pin no entendía de delicade-
zas. Aquella orden era una desautori-
zación del pedáneo ante el pueblo, y
Pin comprendía muy bien que si su au-
toridad comenzaba a agrietarse entre
los vecinos, otro que estaba al acecho
aprovecharía el envite para alzarse con
el santo y la limosna.

¡Qué oportunamente llegaba la des-
autorización para que el zorro de Fero
se aprovechase de ella ante el impresio-
nable vecindario!... ¡Ah, entonces ven-
dría la pérdida de la hegemonía de Pin,
se irían los votos con el sacristán, y el
de Rudalbarco daría un puntapié al pe-
dáneo, como mueble inútil!

—¡Eso no ha de ser!—gritó sin poder
contenerse, y un brutal golpe que divi-

Ecos del Magisterio

No todo han de ser censuras.—Entre los aciertos que la Nacional ha tenido en sus últimas sesiones, haría el número uno, si no fuera por lo acordado sobre derechos pasivos, el referente al concurso general de traslado.

Fué muy discutido, lo que prueba que no satisfacía los deseos de todos; pero tratándose de un asunto tan delicado y vital para el Magisterio, ¿hay quien se atreva a proponer un medio en que lastimando menos derechos se satisfagan más aspiraciones?

La primera parte del acuerdo sí tuvo impugnadores, pero las aspiraciones de los Maestros de nueve de las regiones españolas tenían que ser atendidas, y para ello era preciso que todas las plazas fueran previamente al concurso general de traslado, y se limitara, y esto está en la conciencia de todos, pues las excepciones por algo lo son, el abuso que algunos hacen de su número en el Escalafón cuando de solicitar se trata. Claro que la limitación de tiempo señalada no reza con los Maestros de nuevo ingreso, sino sólo para los que hayan hecho uso del derecho a concursar.

Habida en cuenta esta primera parte, en virtud de la cual podría trasladarse un número muy considerable de Maestros, pasemos a la segunda que, dentro de su limitación, complementa la primera, al satisfacer justísimas aspiraciones a trasladarse de los que de otro modo no podrían hacerlo sin merma a veces hasta de su decoro personal. Se aprobó esta segunda parte después de proponer mil medios que ni a sus autores llegaban a satisfacer, y se aprobó por unanimidad, señal evidente de que no es ningún descabello.

¿Que dentro de cada categoría se perjudica a los primeros números de ella? Pero con un perjuicio tan limitado que no merece otro nombre que el de mínimo, como se alcanzará a todos, por lo que renuncio a hacer un razonamiento que emplearé en probar lo atinado del acuerdo recaído.

El Maestro que tiene buen número en el Escalafón, o no solicita por conformidad con su plaza, o lo hace sobre la seguridad de obtener alguna mejora; y si

esto no es así, o es un botarate o un imbécil. ¡Como no discuto con nadie...!

En el primer caso, o hace tiempo que no se traslada, en cuyo caso más bien le beneficia el acuerdo, o si lo ha hecho no puede sentir muy vehementes deseos de solicitar, y no tiene por qué sentir que otros puedan trasladarse.

En los otros dos casos, no porque los en ellos comprendidos tengan ansias insaciables de conocer usos y costumbres de los pueblos van a estancarse en las hermosas Escuelas en que se encuentran tan a su gusto, porque la suerte les fué propicia, tantos y tantos individuos a los que nunca llega otra cosa que los despojos de los concursos, lo que no quieren los Maestros viajantes, que con su proceder están haciendo bueno lo practicado en tiempos de Rodríguez San Pedro.

Claro que el llevar a la práctica el acuerdo tomado supone, para los encargados de resolver los concursos, un mayor trabajo, en cuanto se precisaría el uso de las hojas de servicios, para que todos pudiéramos fiscalizar la justicia en las propuestas. Ni más ni menos que como antes se hacía, y hoy en algunos casos, y no creo hubieran ni existan irregularidades, porque los Maestros en cuanto a nuestros derechos...

El único pecado del acuerdo es de omisión, omisión que es preciso subsanar, porque así lo reclama la justicia que asiste a los Maestros interinos.

Y nada más, sino que no trato de adular a la Nacional, que con alguno de sus acuerdos se ha expuesto a oír un grito de protesta que hubiera repercutido hasta en los más apartados rincones de España.

Creo que la Permanente obrará con conciencia para que los exaltados arrincemos las armas que tenemos al hombro.

EUSTAQUIO HERRANZ

Vocal de la Nacional.



Sobre consortes.—Doña Encarnación de la Grana, Maestra de Valencia de Don Juan nos envía un artículo sosteniendo la doctrina de que a los consortes sólo debe concedérseles plaza fuera de concurso cuando el trasladado deje plaza tan buena como la que obtiene.

Eso es lo único aceptable, y ya es un favor grande poder trasladarse fuera de concurso a Escuela que casi siempre será deseada por otros aspirantes.

Crónica General

De Marruecos

«Según participa el alto comisario desde Melilla, sigue el enemigo cañoneando el Peñón de Vélez de la Gomera.

Nuestras tropas continúan también el reconocimiento en las proximidades de Dar Quebdani a fin de estrechar el envolvimiento de Monte Mauro, objetivo de extraordinaria importancia para el dominio de la cabila de Beni-Said.

Según noticias que se reciben, en la operación realizada el día 4 en terreno de Beni-bu-Yahi, tuvo el enemigo 30 muertos, en su mayoría de la cabila de M'Talza, entre ellos un hijo de Ahmed Akedjan.

En Alhucemas, Ceuta, Tetuán y Larache, sin novedad.»

—La operación de anteayer fué muy completa. En ella, precediendo a la columna del general Cabanellas, actuaron cinco tanques con soldados de Infantería, mandados por el capitán Atienza y los sargentos Cardenal, García Carrillo e Hita.

El enemigo trató de acercarse a los tanques, los cuales dejaron que se acortaran las distancias, y abrieron entonces nutrido fuego con las ametralladoras, viéndose caer a muchos moros muertos e heridos y dispersarse en fuga los restantes.

El general Cabanellas, comentando esta brillante intervención de los tanques de Infantería, decía hoy que la intervención de éstos le había permitido disponer en aquel momento de dos batallones.

Las sesiones de Cortes

En el Senado se puso a discusión el proyecto de reforma del Arancel, ya aprobado en el Congreso.

El Sr. Echevarría consume un turno contra la totalidad. Juzga que las autorizaciones que se piden ahora pueden constituir un serio peligro para varios ramos de la producción nacional, y muy especialmente, para la siderúrgica.

El ministro de Hacienda le contesta, y dice que aunque es partidario en doctrina de un Arancel rígido, el desorden económico sufrido en la guerra, que aún deja sentir su maléfica presión, le obliga a entender que sólo un sistema aran-

celario vario y flexible puede remediar nuestro estado económico.

Juzga que hay más peligro en conceder al Gobierno la facultad de modificar algunas partidas del Arancel que en aprobar estas autorizaciones que ahora se piden.

El Sr. Suárez Inclán pide al Gobierno que favorezca y defienda las industrias y expona cómo Francia y Bélgica lo hacen combatiendo la importación extranjera.

El marqués de Cortina se cree obligado a rechazar las insinuaciones vertidas acerca de que el Arancel se ha confeccionado cediendo a presiones de otras potencias. Se ha de decir que este Arancel se ha hecho atendiendo sólo a las necesidades nacionales.

El Sr. Roig y Bergadá expresa la alarma producida en la industria catalana por la conducta del Gobierno una vez que consiga la autorización que solicita.

El ministro de Hacienda acepta lo solicitado por el Sr. Roig y Bergadá, y propone que a la base primera se incorpore la condición de que la autorización para negociar bajo la segunda columna del Arancel por más del 20 por 100 sólo tenga la duración de un año.

La comisión acepta la propuesta.

Por último, se aprueba definitivamente el proyecto.

—La sesión del Congreso no tuvo más interés que el haber preguntado el señor Sarradell al Gobierno qué política pensaba seguir, pues aunque el Presidente dijo que la misma que el Gobierno anterior, como en aquél se manifestaron dos tendencias, quedaba la cuestión sin resolver.

El Presidente del Consejo dice que sin poder dar conocimiento de las conclusiones a que se ha llegado con el general Berenguer, afirma que éste y el Gobierno están absolutamente identificados, siendo la misión del Gobierno dirigir y señalar las operaciones. Existe una nota programa que ha sido aceptada por el comisario superior, y con arreglo a ella se operará en Marruecos.

El Sr. Sarradell: ¿La conocerá el Parlamento?

El Presidente del Consejo. Por ahora no puede ser, pero está redactada para que toda responsabilidad caiga sobre mí: son instrucciones que el Gobierno da y que hay que cumplir.

El Magisterio Español.—Apartado, 131.

POR TESTAMENTARIA

Se traspasa acreditado Colegio de señoritas.—Internado y numerosa matrícula. Para tratar exclusivamente, Sr. Jubera. Campomanes, 10, Librería. De nueve a una.